

Sobre *otro remoto* asiático. El valor social e individual de la convergencia de saberes orientales y occidentales en el mundo actual

José Ángel Ruiz Jiménez

Las religiones son caminos diferentes que convergen en un mismo punto. ¿Qué importa que cada uno elija un camino distinto si todos llegamos a la misma meta?

Mohandas Gandhi

Éste es un ensayo que no pretende ser un trabajo exhaustivo, sino tan solo reflexionar acerca de las notables similitudes de fondo que existen entre diversas corrientes de pensamiento oriental y occidental, pese al desconocimiento y a menudo prejuicios mutuos. Dentro de este volumen dedicado por la UNIPAU a Asia y el nuevo equilibrio mundial, parece lógico dedicar un espacio a la riquísima aportación filosófica, práctica y espiritual de este continente a la paz. Para ello, en primer lugar examinaré algunos conceptos básicos y esenciales de las corrientes religiosas y de pensamiento oriental más extendidas. Seguidamente, tomaré dos ejemplos personales que ilustran la realización práctica de sus enseñanzas: Mohandas Gandhi y Bruce Lee. Ambos son orientales que, bajo trayectorias de vida aparentemente muy dispares, vivieron en Occidente -donde no sólo son bien conocidos sino que obtuvieron un enorme reconocimiento-, y siguieron con gran disciplina las enseñanzas antes referidas. Luego reflexionaré acerca de cómo Occidente no es tan ajeno a ellas como parece, pues muchas de sus obras de arte y cultura reflejan las mismas inquietudes y plantean alternativas similares. Para ello, me valdré de ejemplos en diversas disciplinas artísticas: cine, religión, literatura, novelas gráficas, leyendas y poesía.

Ilustración, capitalismo e imperialismo abren la brecha del distanciamiento moral

La filosofía oriental ofrece una serie de propuestas llenas de referencias familiares al ciudadano occidental, tales como el budismo Zen, la no violencia, las artes marciales o el yoga. Sin embargo, estas propuestas son conocidas muy superficialmente, por lo que en realidad nos resultan profundamente desconocidas, y más bien nos evocan algo lejano, exótico, sumamente distinto a nuestros valores y pensamiento. Por ello, o bien mantenemos una prudente distancia respecto a ese *otro remoto* que es el oriental, o bien nos acercamos con una curiosidad sobre todo basada en lo ajenos que nos resultan sus discursos, estética, mensaje e incluso percepción del propio cuerpo.

No obstante, el hecho es que el ser humano es el mismo en todas las latitudes del planeta, y sus objetivos son idénticos: la búsqueda de la felicidad individual y colectiva. Por ello, no es de extrañar que el corazón de las enseñanzas orientales a que hacía referencia, una vez que se ha realizado un

acercamiento básico a ellas, nos resulte inesperadamente cercano, comprensible y útil para nuestra vida diaria. De hecho, a poco que reflexionemos un poco, encontramos que el pensamiento occidental ya ha realizado incontables aportaciones religiosas, filosóficas, literarias y artísticas a lo largo de su historia que coinciden sorprendentemente con esos mensajes orientales que en principio pueden resultar tan extraños.

Uno de los motivos del aparente distanciamiento en la forma de entender la vida entre seres humanos se debe al desarrollo de la Ilustración, el racionalismo antropocentrista y el capitalismo. Las sociedades occidentales cambiaron su percepción de la naturaleza, y en lugar de considerarla como la madre que proveía cuanto necesitábamos y que había que respetar y cuidar, se convirtió en un objeto a explotar para el beneficio material de las personas. Quizá sea Francis Bacon quien con más claridad se expresó en este sentido al afirmar que la naturaleza está *para ser tomada como una mujer pública*. Consecuentemente, los habitantes de las sociedades occidentales tendieron a olvidarse de su interior como seres humanos para centrarse en la acumulación de posesiones y en la explotación de la Tierra por un beneficio cuantificable en dinero. Ello hizo posible en Occidente un desarrollo de la industria, la tecnología, los transportes y los ejércitos sin precedentes en la historia. Los índices de bienestar material se dispararon para los miembros privilegiados de sus sociedades y se consiguió poner de rodillas al resto del mundo tras una escalada colonialista que tan sólo terminó hace medio siglo. Sin embargo, las ventajas de ese modelo social tan exitoso parecieron compensarse con un progresivo empobrecimiento de la calidad humana de sus miembros. El disfrute de bienes materiales, que encuentra su máxima expresión en el consumismo y la búsqueda de placeres inmediatos, no sólo es incapaz de proporcionar felicidad a medio y largo plazo, sino que condena a una espiral interminable, a una persecución sin objeto, pues por mucho que se posea siempre se pretenderá acumular más y más.¹ Tal encrucijada ha terminado por oprimir a muchos occidentales cuya insatisfacción les ha llevado a explorar unas filosofías orientales en las que han encontrado no un misticismo y elevación espiritual exóticos y sobrehumanos, sino algo mucho más asequible: respuestas útiles para sus inquietudes diarias, equilibrio, un instrumento para desarrollar sus habilidades físicas e intelectuales hasta límites insospechados, herramientas para relacionarse mejor con los demás y un medio de obtener y saborear los dulces frutos de la paciencia y el esfuerzo. En definitiva, mejorar la paz interior, la confianza en uno mismo y la satisfacción personal. Así, estamos hablando de un feliz redescubrimiento de ideas que sentimos están en nuestra naturaleza pero parecíamos haber olvidado. Como si un día se hubiera roto el “espejo” en el que los seres humanos de Oriente y Occidente nos habíamos mirado y reconocido los unos a los otros, y empezáramos a disfrutar de su recomposición.

Por supuesto, y precisamente porque el ser humano y su naturaleza son iguales en todas partes, la realidad es paradójicamente mucho más compleja.

¹ Fo-yen Ch'ing-yüan expresó esta idea con crudeza al afirmar: “Solo abandonáis *algo* si es para salir corriendo detrás de otro *algo*. ¡Dejad de hacer el mono! Mientras sigáis saltando de una cosa a otra nunca llegaréis a alcanzar una comprensión final”. Citado en SUZUKI, Daisetz T. (2006) *¿Qué es el Zen?* Madrid, Losada, p 148.

Por eso, este camino de ida y vuelta también se recorre en sentido opuesto, y encontramos cada vez más millones de orientales fascinados por el consumismo, las modas caras, las tecnologías del ocio, etc. Y es que no se trata de hacer apologías o diatribas cerradas de uno u otro modelo, sino de comprender lo que ambos pueden ofrecernos para crecer como seres humanos y vivir en sociedades mejores, menos excluyentes y más felices.

Principios básicos de las filosofías orientales

El origen de la mayoría de las religiones y corrientes de pensamiento oriental que han llegado a nuestros días se encuentra en la India. El brahmainismo, con sus 330 millones de dioses, es una religión sincrética ya mayoritaria en aquel país en el siglo VI a. C. En ella, la realidad última o Brahmán es algo imperecedero que había que distinguir de lo transitorio –*maya*-. Así:

*El profeta no ve la muerte
ni la enfermedad
ni dolor alguno.
El profeta ve solo el todo,
obtiene el todo entero.*²

En el hinduismo brahmánico, se denomina *samsara* al ciclo de la vida y la muerte en la que se producen reencarnaciones constantes. Éstas están condicionadas por las acciones de las personas –*karma*– según respeten las normas de una conducta virtuosa –*dharma*– que al final debe conducirles al despertar –*moksha*, el *nirvana* budista– que les permitirá la salvación y la salida del ciclo de sufrimiento que el *samsara*. El Mahabharata, historia de la gran guerra de la dinastía Bharat, es el gran libro de referencia del hinduismo, destacando la parte del mismo conocida como Bahavad Gitá.³

El hinduismo giraba entonces en torno a multitud de sacrificios y la vida diaria se había convertido en una agotadora rutina dominada por los brahmanes y el ritualismo de los Vedas. Tal situación llevó a los hindúes, especialmente a los no brahmanes, a interesarse por religiones alternativas. Así, surgieron el budismo, con su fundador Gautama, que fue la religión del emperador Ashoka, primer unificador de la India; el jainismo de Mahavira, que como el budismo vive en el espíritu de la reforma del hinduismo con especial énfasis en la no violencia, y la sij, posterior y con vocación de fusionar brahmanismo e islam.

Según la doctrina budista, que se extendería por gran parte de Asia, es fundamental desarrollar un sentimiento de desapego hacia la idea de posesión para alcanzar la felicidad. Su pensamiento considera que la mayoría de nuestros problemas y dolor tienen su origen en la ignorancia y el apego a cosas

2 Upanishad Chandogya, 7, 26, 2.

3 Su contenido es la conversación entre Krishna y [Aryuna](#) en el campo de batalla en los instantes previos al inicio de la [batalla de Kurukshetra](#). Respondiendo a la confusión y el dilema moral de Aryuna, Krishna explica a este sus deberes como [guerrero](#) y [príncipe](#), haciéndolo con ejemplos y analogías de [filosofías yóguicas](#) y [vedánticas](#).

que erróneamente creemos permanentes. Guiados por esa percepción equivocada, consideramos que la ambición y la competitividad son herramientas útiles en la búsqueda de lo que necesitamos, fomentando la agresividad y la avaricia, que sólo añaden más problemas a los iniciales. Y es que rara vez se es consciente de que por muchos o pocos bienes que se disfruten, si no se controlan los deseos de posesión, sufriremos una insatisfacción que nunca nos abandonará hasta llegar al absurdo de tenerlo todo. Por ello, uno de los rasgos distintivos de la civilización occidental moderna es el infinito crecimiento de nuestras apetencias, que se ha convertido en un negocio de masas gracias a la publicidad y el consumismo, mientras la característica de la civilización oriental tradicional, más consciente de esa debilidad humana, es la moderación y la regulación estricta de las necesidades. Cuando nuestro propio ser está implicado, reforzamos esa conexión con el apego a las posesiones, refiriéndonos a “mi cuerpo”, “mis cosas”, “mi pareja”, “mis amigos” o “mi coche”. Ese deseo de propiedad hace que exageremos el atractivo del objeto, minimizando sus defectos y desventajas, y nos apeguemos a él como fuente de placer, de manera que nos vemos arrastrados hacia el deseo como si nos tiraran de una anilla en la nariz. A veces lo que exageramos es la fealdad del objeto, convirtiendo algo sin importancia en un gran defecto y pasando por alto los aspectos positivos, de manera que vemos el objeto como algo que obstaculiza nuestro placer, lo cual nos arrastra hacia el odio, de nuevo como tirados por la anilla en la nariz. Eso produce desasosiego y rabia; en este sentido, el Dalai Lama⁴ suele recordar cómo un psicoterapeuta le dijo que cuando generamos rabia, el 90% de la fealdad del objeto al que dirigimos nuestra rabia es fruto de nuestra propia exageración.

Para ilustrar la idea budista de la existencia humana, el Dalai Lama suele recurrir a la comparación del ser humano con un cubo atado a un pozo. Así, ya que estamos limitados por emociones contraproducentes y sus acciones derivadas, subimos y bajamos según las circunstancias de nuestra experiencia de vida, con momentos de felicidad pasajera así como sufrimientos transitorios de toda índole. Como para el cubo lleno de agua, subir requiere mucho esfuerzo, pero bajar es fácil, de modo que la analogía trata de mostrar que hay que hacer un gran esfuerzo para elevarse, pero que se puede descender en un segundo. Al igual que el cubo no decide sus movimientos, la ignorancia, el apego y la codicia nos arrastran como olas en un océano. Además, del mismo modo que el cubo rebota en las paredes cuando sube y baja, los seres sensibles reciben golpes diariamente por el sufrimiento causado por el dolor y el cambio, y por estar atrapados en procesos que están fuera de su control.

Otra idea fundamental en el budismo es que estamos bajo el influjo de una ilusión de permanencia- la *maya* hindú-, de modo que siempre pensamos que nos queda mucho tiempo por delante. Por ello, corremos el peligro de malgastar la vida postergando las cosas, lo cual representa un serio despilfarro si tenemos en cuenta que nuestra vida goza del tiempo y las herramientas necesarias para realizar prácticas productivas. Para contrarrestar esta

4 Me refiero a Tenzin Giatso, Dalai Lama vigente a la hora de redactar estas líneas. Ocupa esa posición desde 1939, cuando sólo contaba con cuatro años de edad, y es líder del gobierno tibetano en el exilio desde 1950.

tendencia, es importante meditar sobre la falta de permanencia: primero sobre el hecho de que la muerte podría llegar en cualquier momento, y luego sobre la naturaleza sumamente transitoria de nuestras vidas. En este sentido, una de las principales razones del deseo y el odio es que estamos demasiado apegados al río de la vida. Tenemos la sensación de que ésta durará siempre, y tal idea nos lleva al apego y la obsesión con superficialidades: bienes materiales, amigos y situaciones transitorias. Para superar esta ignorancia es preciso reflexionar sobre el hecho de que llegará un día en que ya no estaremos aquí. Por cierto, que una vez comprendemos que las cosas se hallan en continuo cambio, cuando pasamos por un periodo difícil podemos encontrar consuelo en saber que la situación no será así para siempre.

Y es que parte de la naturaleza de la existencia cíclica que lo que se ha congregado -padres, hijos, hermanos, amigos...- al final se disperse. Por mucho que dos amigos congenien, por ejemplo, al final tendrán que separarse. Además de separarnos de los seres queridos, toda la riqueza y recursos acumulados se volverán al final inutilizables, por maravillosos que sean, pues la brevedad de esta vida presente nos obligará a dejar toda nuestra riqueza atrás. El filósofo y yogui indio Shantideva dice elocuentemente que, por muy maravillosa que sea nuestra vida presente, es como soñar con el placer y luego despertarse, y nada queda salvo el recuerdo.

Por otra parte, el budismo, como cualquier cultura, considera que los seres humanos son animales sociales y los principales factores que nos mantienen unidos son el amor, la justicia y la compasión. Conscientes de esa realidad, todos los gobiernos e instituciones ofrecen como muestra de identidad propia un discurso repleto de referencias en tal sentido, a la vez que condenan y castigan la mentira, la corrupción, la injusticia, etc. No obstante, los seres humanos llevados por la inercia de su ignorancia se suelen dejar guiar por los impulsos negativos anteriormente mencionados, y quedan cegados por su ansia por obtener beneficios materiales y de poder inmediatos. Este hecho ha minado desde siempre los esfuerzos realizados por crear sociedades más justas e igualitarias. De este modo, innumerables instituciones políticas, eclesiásticas y legales llenas de nobles propósitos iniciales y sesudos estatutos se han visto socavadas por el egoísmo y la avaricia, que han terminado por desacreditarlas, cuando no arruinarlas. Más adelante volveré a referirme a este punto a propósito de las aportaciones de Gandhi.

Considerando todo lo anterior, y recapitulando las ideas que se acaban de exponer, el budismo recomienda el desapego a lo material y la conciencia de formar parte del todo que conforman el resto de seres vivos y la naturaleza, donde hay un incesante transitar de cambios llenos de vida y muerte, de felicidad y desdicha, en el que los entes finitos como nosotros no estamos sino de paso.

En esa conciencia de integración en la naturaleza, el último escalón del desapego es la desaparición del yo y la consiguiente renuncia a los deseos propios para concentrarse en la felicidad del prójimo. En palabras de Gandhi, "El hombre por sí mismo no es nada. Pero cuando llega a ser uno con Dios, lo es todo (...). Dalo todo, lo ganarás todo.

Retenlo todo. Lo perderás todo.⁵ De ese modo, se evitarán las frustraciones derivadas de los deseos insatisfechos para experimentar un bienestar más profundo, íntimo y delicado. Ese es el camino del *karmayogui* según la tradición hindú, el de aquél que busca la salvación mediante el servicio a los demás con acciones concretas, no mediante la meditación o reflexiones metafísicas.

La filosofía taoísta China se basa precisamente sobre los mismos postulados básicos que acabo de describir. Fue desarrollada por el sabio Lao Tzu, quien en el siglo VI a.C. -el mismo en que vivió Gautama Buda-escribió el trabajo definitivo sobre el tao, el *Tao Te Ching*. El taoísmo se identifica por el tai chi, comúnmente conocido por el símbolo del yin/yang. Lejos de representar opuestos como compartimentos estancos, el yin y el yang describen que esa dualidad representa el todo que conforma la realidad de la vida, salud y enfermedad, días y noches, placer y amargura o amistad y traiciones, planteando que hay que afrontar todo ello con la misma entereza pues ambos planos caracterizan la vida, de modo que intentar negar o cerrar los ojos a alguno de ellos llevarán a frustraciones derivadas de la ignorancia. En el corazón de la filosofía taoísta está la idea de cómo el ser humano se relaciona con la naturaleza, de la que uno debe considerarse parte dentro del todo que conforma el mundo en que vivimos. Lao Tzu creía, por tanto, que somos simples fragmentos de un todo mayor, y que aceptando nuestra relación con el todo y siguiendo el curso de la naturaleza con no-resistencia, podremos definitivamente encontrar el éxito y la serenidad. En palabras de Gandhi:

¿Cómo alcanzar el desapego? Aceptando lo alegre y lo triste, al amigo y al enemigo, lo tuyo y lo mío, etc. Por tanto, el desapego es ecuanimidad (...) El que profesa la verdad equipara la crítica y la alabanza: no escucha las alabanzas ni se ofende por las críticas.⁶

El hecho es que la tendencia natural de los seres humanos sea dejarse llevar por sus impulsos negativos, de modo que superarlos implica ejercer una constante autodisciplina respecto a nuestros pensamientos. Y es que, si nuestra mente está dispersa, no podremos alcanzar la felicidad y librarnos de las ideas perjudiciales que terminan por dañarnos bajo la apariencia de la satisfacción inmediata. Las distracciones abren la vía a las emociones contraproducentes, lo que conduce a toda clase de problemas. Cuando la mente no está debidamente centrada, en cuanto algo aparece, ese algo nos la arrebatamos; perseguimos un pensamiento y luego otro. Si éstos, como suelen hacer cuando nos dejamos llevar por ellos, son fluctuantes e inestables, nos descubriremos incapaces de concentrarnos en lo que deseamos hacer antes de que nos distraiga otra cosa, y de ese modo nos echamos a perder. Como reza un conocido verso budista:

La persona con la mente distraída

5 GANDHI, Mohandas (1997) *Palabras de verdad. Enseñanza a un amigo*. Madrid, Sociedad de Educación Atenas, p. 188.

6 GANDHI, Mohandas (1997) opus cit., p 187.

mora entre los colmillos de las emociones destructivas.

Por último, resulta fundamental para el budismo comprender las normas que propugna e incorporarlas a la vida diaria por voluntad propia, nunca como imposición. Así, del mismo modo que iniciamos una dieta para mejorar la salud, no para castigarnos, las normas establecidas por Buda están destinadas a controlar la conducta contraproducente y vencer las emociones dañinas porque son destructivas. Por el propio bien, pues, más vale refrenar las acciones y motivaciones que terminarán por causarnos sufrimiento. Al respecto, la idea de fondo es que las normas no son para sufrirlas, sino que tornan la mente propicia para el progreso espiritual.

La filosofía Zen japonesa da un paso más en el camino budista, añadiendo la acción y la superación personal para explotar todas nuestras capacidades como seres humanos. Todo ello sin menoscabo de la concepción budista de la persona como pieza mortal de la naturaleza y el conjunto de los seres humanos, que implica un vínculo de hermandad con toda la creación que invita al amor universal. El término Zen es difícil de definir, precisamente porque se basa mucho más en sensaciones, sentimientos y acciones que en palabras, que para esta filosofía son absolutamente secundarias, sobre todo en la enseñanza de esta filosofía de vida a sus neófitos.⁷ El maestro Daisetz Suzuki nos ofrece una valiosa aproximación a este concepto:

Zen es el arte de mirar dentro de nuestra propia naturaleza, y señala el camino que nos lleva de la esclavitud a la libertad total, busca liberar todas las energías que se hallan naturalmente almacenadas en cada uno de nosotros, y que, en circunstancias ordinarias, suelen hallarse atrofiadas o distorsionadas al no encontrar una salida adecuada para ejercer su actividad. Con libertad total se entiende dar libertad absoluta a todos los impulsos creativos y benévolos que de modo inherente y natural se hallan en nuestro corazón. Por lo general, nos hallamos ciegos ante el hecho básico de que ya nos hallamos en posesión de todas las facultades necesarias para sentirnos felices, satisfechos y llenos de amor hacia todo lo que nos rodea. Las numerosas angustias y preocupaciones que observamos a nuestro alrededor provienen todas de ignorar este hecho básico (...) Igual que si despertásemos de un sueño, ahora experimentamos por fin la realidad tal cual es.”⁸

Finalmente, realizaré una breve referencia a la filosofía confuciana, que ha dominado el pensamiento chino durante largos siglos, y que también insiste en las mismas ideas fundamentales de romper nuestras falsas limitaciones y disfrutar de todas nuestras capacidades y amor universal:

Preguntado el maestro sobre la esencia del humanitarismo, el maestro contestó “vencerse a sí mismo”; preguntado por la esencia de la bondad, dijo

⁷ En la filosofía zen las palabras son como monedas, que en sí no valen nada, sino que son meros instrumentos útiles para los auténticos fines: el intercambio de bienes y servicios en caso del dinero y el aprendizaje en caso de cualquier enseñanza. Las palabras siempre empobrecen a las ideas y conceptos que se quieren expresar, por lo que no se trata tanto de aprender contenidos como de que el pupilo recorra el camino del conocimiento y lo asuma por experiencia propia

⁸ SUZUKI, Daisetz T. (2006) opus cit., p I.

“amar a los hombres”, y preguntado sobre la esencia de la sabiduría, afirmó “conocimiento de los hombres”.⁹

El bondadoso pone en primer término la dificultad; y el premio lo pone detrás: a esto puede llamarse bondad” “un hombre de voluntad fuerte que tenga sentimiento bondadosos no aspira a la vida a costa de la bondad”.¹⁰

Aún a riesgo de simplificar en exceso, podemos resumir las propuestas de estas corrientes de pensamiento oriental en disciplinar la mente contra nuestros impulsos naturales para no permitir que los pensamientos negativos se adueñen de nuestro juicio y de nuestra conducta; evitar los deseos y el apego relacionados con el afán de poseer, pues éstos causan infelicidad y frustraciones, tanto por no lograrse el objeto de deseo como por la tendencia del ser humano a anhelar siempre más y más; contemplar la existencia en su totalidad, asumiendo que somos sólo una parte perecedera de algo mayor que es el conjunto de los seres vivos y la naturaleza; identificarse por tanto con el resto de los seres vivos y procurar su bienestar como medio para obtener el equilibrio la felicidad propios; comprender que la vida es un todo indisoluble con momentos de felicidad y tristeza que hay que afrontar con la misma actitud, como ejemplifica la idea del ying y el yang; y por último, liberarse de la tendencia del ser humano a las ataduras externas, a dejarse llevar, al miedo y la falta de confianza para, por el contrario explotar todos sus talentos y posibilidades de realización personal.

La práctica y el ejemplo

A continuación, recurriré a dos personajes modelo en la realización de estos principios. Considero que ambos son especialmente representativos por su origen cultural oriental, por la aparente distancia que los separa pese a compartir muchos principios que guiaron sus vidas, y porque vivieron en Occidente y conocieron perfectamente su civilización, donde sus simpatizantes y seguidores se han contado por millones.

El primero a quien quisiera referirme es Mohandas Gandhi. Indio que tuvo la oportunidad de realizar sus estudios de Derecho en Londres y conocer la vida europea durante años, es un valioso ejemplo de mucho de cuanto he venido describiendo. Gandhi es un caso muy llamativo que muestra cómo un individuo medianamente dotado, sin talento especial, ni fortuna, ni poder político o militar alguno, realizó una marca indeleble en la historia, hasta el punto de convertirse en un personaje indiscutible en cualquier colección de grandes biografías de todos los tiempos. Aquel joven tímido y menudo tomó la determinación de convertirse en una persona intachable, y mediante una rigurosa e inflexible autoeducación fue perfeccionado durante décadas su personalidad, basándose en la disciplina y la convicción de perseguir la verdad y la justicia. Para ello obtuvo un enorme provecho de los principios del pensamiento oriental en que, como cualquier persona de su país, estuvo

9 Cita de Confucio sobre el camino individual en WILHELM, Richard (1992) *Confucio*. Madrid, Alianza Editorial, p 139.

10 *Ibidem*.

imbuido desde su infancia. Armado con una creciente desconsideración hacia sus deseos mundanos, se elevó sobre sus limitaciones hasta convertirse en un personaje extraordinario.

Contrariamente a la idea de misticismo que solemos atribuir a los grandes personajes orientales, Gandhi nunca se sintió atraído por pensamientos abstractos que al final no podían traducirse en acciones prácticas. Por el contrario, el *mahatma* pretendía que sus actos se tradujeran en consecuencias tangibles, que tuvieran impacto en el mundo real. Por ese motivo se preocupó enormemente de ensayar en la cotidianidad las ideas que le atraían, observando las sensaciones y consecuencias que producía su puesta en práctica. De hecho, su autobiografía se titula *Mis experimentos con la verdad*, algo nada casual, pues en ella describe con llamativa sinceridad los éxitos y fracasos de sus *experimentos* para ser mejor persona y más útil a los demás, en dietética, como marido y padre, y sobre todo como activista político. Esa fue su manera de seguir el camino del *karmayoga* descrito anteriormente. Gandhi afirmaba buscar denodadamente la desaparición de su yo como vía para alcanzar el moksha:

*La verdadera humildad es la autocancelación, la autodesaparición. Esto es moksha, y por sí misma no puede ser una regla, sino que a través de otras reglas se debiera llegar a la humildad. Si los actos de un aspirante a la moksha o de un servidor no tienen humildad o generosidad, no puede haber moksha ni servicialidad. Ser un servidor sin humildad es egoísmo y egotismo.*¹¹

Y es que la renuncia implica olvidarse de los deseos del yo para centrarse en el servicio a los demás como vía, paradójicamente, de alcanzar la felicidad propia, libre al fin de frustraciones, orgullos y miedos:

*“No preocuparse por sí mismo en lo más mínimo; confiar toda preocupación en Dios” ese parece ser el mandato de todas las religiones. Pero esto no debe asustar a nadie. Aquel que se consagra a la entrega con conciencia clara, sentirá día a día una conciencia mayor de entrega y se enriquecerá continuamente (...) El camino de la entrega difícilmente puede ser recorrido por aquél que no está preparado para renunciar al propio interés y para reconocer el estado en que nació (...) Si cultivamos el hábito hasta hacer deliberada esa entrega, nuestro deseo de entrega se fortalecerá y no sólo nos dará la felicidad a nosotros, sino a todo el mundo.*¹²

*Está cerca de Dios el que hace como el polvo que todos pisan (...) el miedo solamente desaparece aniquilando el yo.*¹³

Sobre lo necesario de la coherencia entre el pensamiento y la acción, Gandhi trascendió el ámbito personal para adentrarse en la política bajo los mismos principios. El líder no violento insistió en innumerables ocasiones sobre

11 GANDHI, Mohandas (1991) *Autobiografía. Historia de mis experimentos con la verdad*. Buenos Aires, CS, p 207.

12 GANDHI, Mohandas (1983) *Las palabras de Gandhi. Selección de Richard Attemborough*. Barcelona, Bruguera, p 99.

13 GANDHI, Mohandas (1997) opus cit., p113.

la imposibilidad de separar el sistema político de un país del modo en que conducimos nuestra vida diaria. Por tanto, las estructuras políticas tienen a su juicio que reflejar las conductas y convicciones de sus ciudadanos, y viceversa. De este modo, no hay que considerar a las leyes y a las instituciones como distantes ideales ajenos a nuestra realidad. Cada ciudadano, por tanto debe en su opinión esforzarse por cambiar, por mejorar en su vida privada, y este enfoque individual es un aspecto indispensable para llevar a cabo con éxito desde proceso de paz hasta la construcción de una democracia realmente sólida. **Deseaba que cada individuo se convirtiera en un miembro digno y plenamente desarrollado de la sociedad.**

En este sentido, Gandhi, quien también daba más importancia a los ciudadanos considerados individualmente que a las estructuras en las que éstos se integraban, escribió:

*“En la raíz de innumerables males de nuestra civilización, hay una discrepancia entre la palabra, el dogma y la acción. Es la debilidad de las iglesias, los Estados, los partidos y las personas. Les da a los individuos y a las instituciones personalidades divididas”. (...) Gandhi tenía salud mental por que en él la palabra, el dogma y la acción eran una misma cosa: estaba integrado.*¹⁴

Curiosamente, desde Occidente, el autor francés Victor Hugo expresó con gran maestría esa misma idea cuando escribió en *Germinal*: “la ética que debe guiar al luchador importa más, en definitiva, que la descripción de la sociedad por que se lucha”. El alcalde anarquista gaditano Fermín Salvochea también alcanzó las mismas conclusiones tras sus largos años de lecturas y acción política solidaria, afirmando: “Que cada uno cumpla con su deber, aportando su concurso a la obra del bien general, y la acción individual se tornará pronto en colectiva, sin necesidad de concierto ni organización.”

Por tanto, los pilares de una democracia auténtica y pacífica se fundamentan para Gandhi en que los cambios políticos e institucionales vayan acompañados de cambios paralelos en la ética y proceder de los ciudadanos individualmente considerados. Así, hay que estar convencido de que ciertas cosas –no sólo cosas materiales- se necesitan cambiar y se quieren cambiar de que se aspira a un sistema político guiado por ciertos valores diferentes a los que han regido nuestra vida hasta ahora.¹⁵

En este punto, Gandhi trae a la memoria a una destacada budista: la lideresa política y premio Nobel de la Paz Daw Aung San Suu Kyi, quien afirma que la democracia, como cualquier forma de gobierno que exista, es ante todo un estado mental, de modo que hay que actuar democráticamente en todas las facetas de la vida, hay que trabajar por hacer realidad aquellos principios que uno cree poseer. Y es que trabajo, acción y confianza en uno mismo van de la mano, como nos recuerda la Nobel birmana.¹⁶

14 FISCHER, Louis (1950) *The Life of Mahatma Gandhi*. Nueva York, Harper and Brothers, p 67.

15 AUNG SAN SUU KYI (1997) *The Voice of Hope*. Hardmonsworth, Penguin, p 51.

16 *Ibidem*, p 134.

Además, tanto Gandhi como Suu Kyi coinciden en su convicción de que si se hace lo que es justo, si hay coherencia entre lo que se dice y lo que se hace, se produce una gran sensación de equilibrio y seguridad personal, aunque ello no suponga beneficios tangibles e inmediatos. Si en lugar de predicar algo para hacer lo contrario, engañándose a uno mismo con todo tipo de justificaciones y dejándose llevar por tentadoras ganancias materiales que corrompen nuestro comportamiento,¹⁷ permanecemos activos haciendo algo útil, se experimenta esa sensación tan poderosa a que nos referíamos. Se trata de un aspecto de la vida a menudo invisibilizado en la cotidianidad política, académica, es que la cuestión emocional es a menudo desplazada de los estudios de ciencias sociales, como si no fuéramos animales emotivos, más que entes razonables y calculadores.¹⁸

Gandhi edificó su pensamiento político, que como decimos sólo entendía si iba de la mano del profundo trabajo interior de cada individuo, sobre una serie de conceptos básicos que describo a continuación. En primer lugar, la *ahimsa*, o no violencia en sentido amplio, principio que bebe sobre todo del jainismo, secta del suroeste de la India cuyo principal mandato es no causar daño a ningún ser vivo. Sin embargo, la no violencia de Gandhi estaba lejos de ser un término en negativo que simplemente describiera la ausencia de violencia. De hecho, fue muy crítico con quienes denominaban sus campañas como *resistencia pasiva*, pues para él la no violencia significaba acción y compromiso por la verdad y la justicia hasta las últimas consecuencias. Para describir la forma de lucha del no violento, Gandhi acuñó un original concepto: *satyagraha*, que podemos traducir literalmente como *búsqueda de la verdad* absteniéndose del uso de la violencia, con disposición al sacrificio, compromiso con la verdad, gradualidad en los medios de lucha, llamando la atención sobre la injusticia haciéndola llamativa y pública, y mostrando respeto total por el adversario, al que no se busca derrotar sino hacer reflexionar y cautivar para que cambie su modo de pensar y actuar. Otros principios gandhianos, en gran medida relacionados con los anteriores, son *sarvodaya*, o bienestar de todos; *swaraj*, derecho y acción de autogobierno, tanto en su sentido de independencia política como de capacidad de autonomía; *brahmacharya*, autocontrol y disciplina individual en pensamiento, palabra y obra; y *swadeshi*, autosuficiencia, o sea, dependencia de las materias primas, métodos y modos de hacer nacionales para satisfacer las necesidades básicas ante la invasión de productos extranjeros a bajo precio que arruinan la producción local.

Además, en el terreno de la política, la gran lección que hemos heredado de la filosofía oriental proviene sobre todo de la no violencia gandhiana. En el universo de los métodos de lucha por causas más o menos justas habidos desde comienzos del siglo XX, sin duda los que más respeto han generado son los realizados bajo sus principios en la India británica con Gandhi, pero también en Sudáfrica con Mandela, en el Sur de Estados Unidos con Luther King y en otros escenarios menos presentes en los medios de comunicación, caso de Myanmar, Tailandia, Brasil, California y la rica escuela no violenta italiana.

17 No es, desde luego, tarea fácil, como nos recuerda la cita del novelista John Le Carré: “Hay que pensar como un héroe para ser simplemente decente.”

18 Véase: GOLEMAN, Daniel (1996) *Inteligencia emocional*. Barcelona, Kairós; y GOLEMAN, Daniel (2004) *Destructive Emotions. How Can We Overcome Them? A Scientific Dialogue With the Dalai Lama*. Nueva York, Batam Books.

El segundo personaje que deseo destacar, por su trascendencia mediática, por su aparente distancia respecto a Gandhi y, sobre todo, porque es difícil encontrar otro individuo que llevara tan al límite sus capacidades de progreso personal es Bruce Lee. Éste, además de artista marcial y actor, fue un filósofo dedicado y particularmente influido por Buda, el taoísmo y las ideas del filósofo indio Jiddo Krishnamurti ¹⁹

Bruce Lee reflejó la fusión entre pensamiento y prácticas en *Kung Fu Chino: el arte filosófico de la auto-defensa*, donde expresa sus visiones sobre el kung fu y su profundo interés en los aspectos filosóficos del entrenamiento de las artes marciales.²⁰ En lo referente a la persona física, mental y espiritual, Lee sostenía que existe una capacidad rayana en lo infinito para el crecimiento personal “teniendo la no limitación como límite”, siendo esa la piedra angular de su filosofía:

*El saber no es suficiente, debemos aplicarlo. El querer no es suficiente, debemos hacer (...) Si te acostumbras a poner límites a lo que haces, físicamente o a cualquier otro nivel, se proyectará al resto de tu vida. Se propagará en tu trabajo, en tu moral, en tu ser en general. No hay límites. Hay fases, pero no debes quedarte estancado en ellas, hay que sobrepasarlas (...) El hombre debe constantemente superar sus niveles.*²¹

Bruce se esforzó cada día en mejorar en cada uno de los tres aspectos mencionados: filosófico, mental y espiritual. Incluso podríamos afirmar que demostró que el mejorar física y mentalmente conduce a un alto nivel de espiritualidad. Por ejemplo, nuestro progreso diario podría ser a un nivel puramente físico en términos de ser capaces de conseguir algo con nuestro cuerpo que antes no éramos capaces de realizar: un cierto tipo de voltereta o ganar atributos como potencia, flexibilidad o perder peso. Pero lo anterior puede hacerse paralelamente al desarrollo del aspecto mental si ganamos en profundidad, ya sea adentrándonos en el terreno de la nutrición, de las ciencias naturales, de las artes marciales o de cualquier otra disciplina. No obstante, lo que él más recalca y lo que se omite o perdió por muchos seguidores es que la mejora en cualquier campo nos lleva a ponernos en contacto con un tipo de conocimiento que residía ya dentro de nosotros, de ese artista de la vida que llevamos dentro y que por motivos de condicionamiento o encasillamiento social está invernado. Y es que Lee descubrió muy pronto que la consciencia de uno mismo es el mayor obstáculo para la ejecución correcta de toda actividad física. Éste es el reino de lo que él definía como espiritual: el descubrir algo acerca de nuestras más profundas capacidades como seres humanos. Una de las frases más repetidas en sus entrevistas era: “después de todo, cualquier tipo de conocimiento implica auto-conocimiento”. Veamos cómo

19 Resulta curioso que pese a lo destacado del enfoque filosófico del método de Lee, esa faceta haya quedado tan marginada cuando se le recuerda. Un claro ejemplo lo encontramos en las entradas que le dedica la Wikipedia, página de referencia a nivel mundial en la web, en cuyas páginas en inglés y español tan sólo aparecen sus facetas de artista marcial y actor de cine, quedando su filosofía en párrafos escasos y anecdóticos: http://es.wikipedia.org/wiki/Bruce_Lee y http://es.wikipedia.org/wiki/Bruce_lee

20 LEE, Bruce (2000) *Chinese Gung Fu: The Philosophical Art of Self Defense*. Santa Clarita (Cal.), Ohara. La primera edición es de 1963.

21 *Ibídem*.

aplicaba esa filosofía a su campo de trabajo. Lee pensaba que el kung fu, en su forma tradicional, limitaba demasiado a los practicantes, imponiéndoles movimientos y posiciones que no tenían por qué ser idóneas para ellos, y que coartaban su espontaneidad. Por tanto, trató de convertir las artes marciales en un modo de expresión de la creatividad y personalidad de cada individuo mediante la disciplina que bautizó como jeet kune do. De este modo, se alejó de los sistemas clásicos de enseñanza, pues su fin no era crear un arte sino crear una mente, una mente dispuesta a captar lo útil y rechazar lo demás; esto es el jeet kune do, no un arte marcial, sino tan sólo un nombre para designar los principios básicos del arte de combate, y también de la vida. Hacer lo que se tenga que hacer rápido y en el momento oportuno.²² Muchos piensan que al ponerle el nombre de jeet kune do hizo que muchos creyeran que era un arte marcial. Pero lo que dejó claro es que cada persona necesita un entrenamiento que se acople a su forma de ser. Cada persona es distinta y ejecuta la misma técnica, pero a su manera. Bruce Lee proponía tener la mente vacía pero a la vez llena, simultáneamente abierta y concentrada, utilizando la no-vía como vía y teniendo el no-límite como límite, es decir, no cerrándose en un solo en un estilo.

En este punto, Bruce Lee fue un claro heredero de las enseñanzas de Lao Tzu, que no creía en un sistema formalizado de educación, ni en la doctrina confuciana de piedad filial. Leo Fong, un ministro metodista, recuerda que Lee le preguntó por qué estaba recibiendo clases de kung fu, a lo que respondió “Bueno, estoy buscando lo definitivo”. Lee soltó una carcajada y le dijo, “¡Hombre, no hay ningún definitivo! ¡Lo definitivo está dentro de ti!” Fong afirmarí más tarde: “Me llevó un tiempo dejar marchar las viejas creencias, las viejas muletas. Cuando di una vuelta por ahí para dejarlo ir y empecé a entrenar por mi cuenta comprendí lo que Bruce había sembrado en mí. Es aterrador ser tu propio profesor. La única forma en que puedes encontrar la causa de tu propia ignorancia es la auto-evaluación y total compromiso hacia tu propio proceso de crecimiento”.

Al contrario que Confucio, que ensalzó la tradición, Lao Tzu apela los individuos a que piensen por sí mismos, a romper convencionalismos y buscar la verdad más alta. Sabía que los viejos líderes rara vez aportan soluciones por estar atrincherados en el status quo, sino que éstas a menudo vienen de gente corriente que cree en el poder de marcar la diferencia. Bruce creía que no podía enseñar tanto a sus estudiantes como para señalarles en la dirección del conocimiento. “No puedo enseñar”, afirmaba Bruce Lee, “sólo ayudarte a explorarte a ti mismo”. Citando a Lao Tzu, solía decir: “La gente del Tao nunca intenta. Hace”. Así, Lee personificó en concepto taoísta de *tzu jan*, o auto-expresión honesta. Lee era abierto y crítico con todos los conceptos de la lucha, incluido el suyo propio, lo que causó conflictos con artistas marciales que estaban a menudo entrenados para aceptar las enseñanzas de su instructor sin cuestionarlas. Esta postura se encuentra muy cercana a lo que Lao Tzu pensaba de la necesidad de dispersar todas las escuelas de aprendizaje

²² Bruce Lee definió su jeet kune do de esta manera: “Jeet kune do es entrenamiento y disciplina hacia la realidad definitiva en la auto-defensa, la realidad definitiva en la simplicidad. El verdadero arte del jeet kune do no es acumular, sino eliminar. La totalidad y libertad de expresión hacia el siempre cambiante oponente debería ser el objetivo de todos los practicantes de jeet kune do”.

formal.

Sin duda, el término “maestro”, usado en muchos estilos de artes marciales, denota al profesor o líder de la escuela, implica una autoridad absoluta e incuestionable. Como el antiguo filósofo griego Sócrates explicó por primera vez, la mejor forma de conocimiento y sabiduría es a través de la dialéctica, o el proceso de exponer ideas para la discusión abierta para que la debilidad inherente de las ideas pueda ser descubierta. Este método socrático es usado ahora, no sólo en filosofía, sino también en el método científico de comprobación, en el cual un buscador primero formulará una hipótesis y luego de los experimentos la aprobará o desaprobará. Para Lee, la ciencia de las artes marciales no debería ser diferente; la expresión personal misma era algo que creía único, suyo y sólo suyo, porque era el producto de sus atributos personales y sus deficiencias. Por ejemplo, entre sus “problemas” físicos estaban el ser corto de vista, ser bajo y ligero, una mala espalda y una pierna que era más corta que la otra. Sus carencias en estas áreas las suplía con la velocidad, la coordinación y la fuerza. Dan Inosanto, su protegido, dijo, “La imagen total que Bruce Lee quería presentar a su alumno era la de que, por encima de todo, podía encontrar su propio camino. Es importante recordar que Bruce Lee era un “señalador” de la verdad y no la verdad en sí misma”. Bruce no creía en aprender por acumulación, sino que creía que la mayor forma de maestría era la de la simplicidad, limando todo lo accesorio. La segunda mayor influencia en Bruce Lee, filosóficamente hablando, fue el filósofo indio Jiddu Krishnamurti. Krishnamurti nació en la pobreza en 1895 en el sudeste de India. Era un niño inusualmente apasionado e intelectual, y a la edad de diez años fue reconocido como mesías por la secta mística de la Sociedad Teosófica, la cual le adoptó y le envió a Inglaterra y Francia para ser educado y finalmente asumir su papel como líder. No obstante, en 1929 a la edad de 34 años convulsionó a la Sociedad Teosófica renunciando a su papel como mesías, argumentando que las doctrinas religiosas y organizaciones interferían en el camino de la verdad real. Al respecto, una frase suya sumamente ilustrativa es: “Como habéis puesto creencias antes de la vida, credos antes de la vida, dogmas antes de la vida, religiones antes de la vida, hay estancamiento. ¿Puedes sujetar las aguas del mar o juntar los vientos en tus puños?”. Krishnamurti entonces llegó a convertirse en un orador filosófico y motivacional muy influyente hasta su muerte en 1986.

Ya he mencionado que para Bruce Lee todo conocimiento conducía al auto-conocimiento, de modo que ponía muchísimo énfasis en este aspecto de sus enseñanzas, una de las más importantes que se derivaron de su estudio de Krishnamurti. Como afirmó el filósofo indio: “Debemos entendernos primero a nosotros mismos a fin de conocer cualquier cosa y entender y resolver los problemas”. Lee sentía que, para que las personas crezcan y evolucionen, deben llegar a conocerse a sí mismos a través del medio que elijan: baile, música, arte o artes marciales, por nombrar sólo unos pocos. Por eso consideraba que si seguimos los modelos clásicos, estaremos comprendiendo la tradición, la rutina, las sombras, pero no nos estaremos comprendiendo a nosotros mismos.

Fiel a estas máximas Bruce Lee siempre se despertaba con un afán

interminable de exprimir a cada día todo el jugo que pudiera ofrecer. Así, escribiendo sus horarios y actividades en un diario, era capaz de hacer inventario de su continuo “viaje” en el arte de la disciplina, cuyo destino era el desarrollo de su persona en los tres niveles: físico, mental y espiritual. Cada nivel que conseguía superar le servía no solo como límite sino como trampolín desde el que empujarse hacia cotas más elevadas. Cada entrenamiento recogido en su diario es una prueba de archivo del nivel en que estaba en ese momento para poder ser superado en el futuro. De la misma manera que en cualquier largo viaje sin mapa que marque el camino, se dio cuenta de que para no perderse en la curva equivocada, debía evitar cometer errores dos veces. Ese propósito le condujo a documentar sus métodos de entrenamiento, estudiando los datos de sus archivos, buscando progresos o falta de ellos y finalmente aprendiendo cómo interpretar y utilizar toda esta información para mejorar sus métodos de preparación (o dejar los antiguos y empezar con otros totalmente nuevos) para así poder progresar hasta donde le fuera posible.²³ Al respecto solía decir:

Si tu has llegado a dominar un sistema de kung fu (en el sentido chino de la palabra: “tiempo-esfuerzo”), después de dominarlo, tienes que abandonarlo y encaminarte a un nivel superior. No te aferres a lo que tienes. Es como la barcaza que te lleva a cruzar el río. Una vez en la otra orilla no la cargues en tu espalda. Simplemente sigue adelante.” En otras palabras: “Vacía tu copa para que pueda ser llenada, quédate sin nada para ganar simplicidad.”²⁴

Como nos recuerda James Bishop: “Quizás al final será la filosofía de Bruce Lee lo que tenga una mayor importancia desde una perspectiva histórica. Bruce ha influenciado a generaciones desde su muerte con sus conceptos de liberación del pensamiento clásico, adaptarse a la adversidad, economía de acción y predisposición a aprender. Estos son conceptos que beneficiarán enormemente a la gente de todas las doctrinas, disciplinas y vocaciones.”²⁵

Filosofía oriental y cultura occidental

El arte, especialmente la literatura, no muestran la realidad del ser humano tratando de realizar una descripción fiel de la misma, sino a través de representaciones ficticias que reflejan sus verdades más profundas. En otras palabras, *se basan en mentiras*, en historias, personajes e incluso lugares ficticios, *para ofrecer la verdad* del modo más preciso y cercano a nuestra sensibilidad. Por ello, me valdré de algunos ejemplos muy ilustrativos en los que las propuestas del *otro remoto* oriental, a quien antes hacíamos referencia, están presentes en muchas de obras de arte occidentales más representativas, que veremos están trufadas de referencias directas, cuando no beben directamente, de tradiciones orientales. Con ese fin, tomaré ejemplos de diversos ámbitos de la cultura occidental: cine, literatura, religión, novelas gráficas, leyendas y poesía, por ese orden.

23 Esto nos recuerda, no por casualidad, al detallado recuento de las “experiencias con la verdad” de Gandhi, donde evaluaba los éxitos y reveses de sus esfuerzos en la lucha política y en el perfeccionamiento personal en su vida diaria.

24 Citado por BISHOP, James, opus cit.

25 BISHOP, James, “La filosofía de Bruce Lee”, en <http://membres.lycos.fr/blmj/philosophy.html>.

En primer lugar, me referiré a una obra literaria que a su vez inspiró una exitosa película. *Fight Club* -El club de la lucha-, de Chuck Palahniuk, novela de culto que responde como pocas a las inquietudes de los jóvenes occidentales de principios del siglo XXI.²⁶ Su argumento ejemplifica magistralmente la encrucijada y la crisis existencial, de valores y objetivos, de una generación que ha crecido en un mundo donde su vida ha estado programada para hacerles individuos de éxito. Sin embargo, tanto aquéllos que han logrado todos los objetivos marcados, obteniendo un prestigioso empleo, una cuenta corriente con muchas cifras, un armario repleto de ropa de marca, una vivienda equipada con todos los caprichos tecnológicos y de mobiliario, un moderno automóvil, etc., como aquéllos perdedores que trabajan en gasolineras o venden billetes de metro y apenas llegan a fin de mes a menudo comparten una profunda insatisfacción con su vida. En la novela, muchos de estos jóvenes encuentran una vía de escape liderados por un curioso personaje que les ofrece exactamente las respuestas que necesitaban escuchar: Tyler Durden.²⁷ La filosofía de vida y fuerte personalidad de Tyler encandilan a cuantos veinteañeros y treintañeros se cruzan en su camino, convirtiéndose éstos en sus fieles seguidores. Lo curioso de *Fight Club* es que su éxito radica en que expone con toda crudeza las inquietudes de los jóvenes occidentales contemporáneos cuando no es, en el fondo, sino un cuento Zen. El autor, además, se preocupa de realizar continuos guiños al lector en este sentido, como cuando el protagonista envía provocadores poemas haiku a sus compañeros de trabajo por e-mail. Y es que todo cuanto Tyler expone corresponde con los principios de la filosofía budista oriental, en particular en su vertiente Zen. Al final de la historia, se descubre que, en realidad, Tyler Durden no existe, o, mejor dicho, existe pero es la doble personalidad de uno de sus *discípulos*. ¿Qué pretende decir Palahniuk con su exitosa novela? En realidad, pocos de sus críticos parecen haberse dado cuenta del fondo de la historia, pues tanto los análisis del libro como de la película hacen hincapié en su innovadora estética y su peculiar y desafortunada crítica a los puntos débiles del materialismo occidental. No obstante, apenas han prestado atención a la alternativa, en apariencia un club de lucha libre *underground* y un alocado proyecto de destrucción del capitalismo, cuando lo más importante, sin embargo, es lo menos evidente.

Lo que muestra *Fight Club* es a un joven ejecutivo treintañero que, una vez logrado el éxito laboral y económico, no es feliz, como esperaba, sino un ser solitario y frustrado que busca infructuosamente el bienestar mediante objetos de consumo que compra de forma convulsiva y que pretende que reflejen una interesante personalidad y le hagan sentir satisfecho con su vida. Su malestar se sintomatiza en forma de insomnio. En realidad, cuando cree dormir, termina por permanecer despierto con otra personalidad, Tyler Durden, quien es todo lo que el protagonista deseaba pero era incapaz de ser: inteligente, fuerte, valeroso, gran amante y líder natural.

26 PALAHNIUK, Chuck (1996) *Fight Club*, Estados Unidos, WW Norton and Company; y FINCHER, David (1999) *Fight Club*, EEUU, 20th Century Fox.

27 Curiosamente, Tyler Durden fue elegido el mejor personaje de la historia del cine tras una macroencuesta realizada por la revista *Empire*. Véase: <http://www.empireonline.com/100-greatest-movie-characters/>

El argumento profundo de *Fight Club* trata de demostrar varios puntos, los mismos que constituyen la base de la filosofía budista Zen. En primer lugar, que tenemos un enorme potencial y energía que permanece atrofiada. En cuanto el protagonista se desinhibe mediante su *alter ego* libera esa energía y resulta que ya contaba con todas las capacidades y destrezas que anhelaba, pero nunca había sido capaz de expresar al hallarse atrapado en su mundo de apego a lo material, de inseguridad y de miedo al fracaso.

En segundo lugar, lo que Tyler enseña es que es necesario simplificar la vida, centrarse en lo que realmente importa y renunciar completamente al apego a los bienes materiales. De este modo, el protagonista abandona -¡y destruye!- su adorada vivienda para mudarse a otra donde apenas cuenta con lo esencial bajo el lema de que *lo que posees, acabará poseyéndote*. Esa renuncia debe ser total, para lo que en el libro se recurre insistentemente a la idea de *tocar fondo*, renunciar completamente a todos los deseos como único camino para la verdadera realización. De ahí otra de las citas claves de la novela: *perder toda esperanza es la libertad*.

Incluso está presente en la novela la idea de fusión con la naturaleza y perspectiva de que los seres humanos son finitos, frente a la ignorancia de las apariencias que nos hacen tener una visión engañosa del yo y del resto de personas y objetos como si tuvieran una naturaleza intrínseca de la que en realidad carecen. De ahí la presencia del personaje Cloé, que sufre un cáncer terminal; la insistencia en que los seres humanos no somos más que materia orgánica en descomposición, *la mierda cantante y danzante del mundo* (sic), o la divertida y ácida crítica al culto al cuerpo mediante la ingeniosa empresa que dirige Tyler: provee de jabones de alta gama y elevadísimo precio a una élite que se realiza liposucciones para crearse la ficción de que sus cuerpos permanecen jóvenes y hermosos... y que desconoce que la materia prima de ese jabón es su propia grasa previamente extraída. De hecho, el protagonista se define en un momento determinado como el *maestro zen*, y en otro se considera *iluminado*.²⁸

Continuando con literatura, esta vez de una naturaleza muy distinta, me referiré a continuación a uno de los libros más vendidos en los países anglosajones a lo largo del siglo XX : *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. En esta obra, Dale Carnegie utiliza historias verídicas a modo de ejemplo inspirador para ayudar a hombres de negocios a hacer dinero. Lo curioso y llamativo es que el principio que Carnegie invoca una y otra vez para obtener beneficios personales es la identificación total con los intereses del prójimo. Resulta una gran paradoja que el objetivo del libro sea el éxito económico y la felicidad individual, sin concesiones de ningún tipo a la ética o la religión, y que en esa búsqueda el autor descubriera que aquéllos no eran posibles sino mediante el sincero aprecio por las necesidades ajenas. De hecho, Carnegie deja claro que no se trata de manipular a otros o embaucarlos con lisonjas o falsos halagos, pues afirma que eso sólo lleva al fracaso y al rechazo -cuando no al desprecio-, pues, como la falsa moneda, dura poco tiempo en circulación. Al contrario, demuestra que hay que ser honesto en el

²⁸ El término en el original en inglés es *enlightened*, la misma palabra que se utiliza en esa lengua para describir el estado de Buda tras alcanzar el conocimiento de la realidad del mundo.

aprecio y amor por los que nos rodean, incluso si el objetivo es tan inequívoco como engrosar la fortuna personal por medios lícitos. De nuevo, Occidente, en su persecución por la felicidad, incluso en su cruda variante material, parece rendirse al completar una especie de círculo que le lleva finalmente al mismo principio que es el punto de partida: trata a los demás como te gustaría que ellos te trataran. Aun más curioso es el hecho de que los libros de autoayuda para hacer fortuna, que han proliferado tanto en el mundo de los negocios y que incluso han derivado en costosos cursos, másteres, etc., ya existían en Oriente, siendo habitual en la antigua India los llamados *Hitopadesas* y *Nitisastras*, manuales con consejos prácticos para obtener ventajas en la vida y obtener la prosperidad material.

En la conocida saga cinematográfica *Star Wars* –La guerra de las Galaxias–, George Lucas y sus guionistas sustentan la ética y la religión de los protagonistas en lo que denominan *la fuerza*, que no es un dios creador ni antropomorfo, sino la unión de todas las criaturas vivas. Esa es exactamente la idea del budismo, religión que no propugna un creador, donde los seres humanos sólo tienen sentido como parte del budoque es la creación, y donde la fortuna y salvación de los individuos depende de los propios actos.

También en *Star Wars*, cuando uno de los protagonistas, Luke Skywalker, entrena con su sable, las enseñanzas de su maestro no son las tradicionales en Occidente, sino las características de las escuelas samurai japonesas más influidas por el Zen. De hecho, la estética y el discurso de los caballeros Jedi, guardianes de la paz, el orden y la sabiduría en el mundo que describe la saga, recuerdan inequívocamente a los maestros orientales en el arte del combate. El aprendiz es incluso cegado para que aprenda a romper con sus autoimpuestas limitaciones y con la dependencia de sus sentidos, de modo que “piense sin pensar”, y que sus reacciones sean automáticas y naturales, como el murmullo de las olas o el sonido de la lluvia, cuya presencia tiende a pasar inadvertida para nuestros sentidos. En el Zen se considera al respecto que el ser humano es una máquina de pensar, pero sus mejores obras las realiza cuando no calcula ni piensa. Por eso, el budismo invita a restaurar las cualidades que poseíamos cuando éramos niños y, a través de largos años de entrenamiento en el arte de olvidarse-de-uno-mismo, volver a ser “como niños”. Cuando esto se logra, entonces el ser humano piensa pero, al mismo tiempo, ya no piensa; sino que piensa sin pensar. Si piensa, lo hace igual que la lluvia cae del cielo, piensa igual que las olas surcan el mar, igual que las estrellas brillan en el firmamento, piensa del mismo modo que los prados florecen mecidos por la suave brisa de la primavera. De hecho, ahora es la lluvia, el mar, las estrellas, los prados.²⁹

El ser humano es consciente de lo ventajoso de ese estado de desprecio de las limitaciones y convencionalismos que encarcelan la creatividad, en el que se pierde el miedo y el mismo individuo se ve capaz de realizar acciones de mucho más mérito y talento que en su estado normal. Si bien en Occidente no se han consolidado escuelas de pensamiento ni métodos de entrenamiento en este sentido, sí es frecuente que se recurra al alcohol o a drogas duras o

²⁹ D. T. Suzuki en su prólogo a *Zen in the Art of Archery* (1953), citado en VERGARA, Carlos, (2006) “Prólogo”, en SUZUKI, D.T. (2006) opus cit., p 45.

blandas antes de afrontar una tarea como escribir literatura o poesía, guiones de cine, o reunir valor para enfrentarse a un superior o hacer una declaración amorosa. En la tradición andaluza, ese salir de uno mismo y expresar los más profundos sentimientos mediante cualquier forma artística, especialmente musical, se denomina *duende*, término difícil de definir, y que se ha relacionado con la *fuerza de la sangre* o los *sonidos negros*; se trata de una forma de expresión que atrapa los sentidos de quienes lo contemplan, y que no puede aprenderse en academias ni libros, sino que es resultado de exteriorizar la introspección personal, dejándose llevar, como aparentemente cae la lluvia o se mecen las olas, a la vez que se realiza algo extraordinario.³⁰

En cuanto a religión, el cristianismo ha sido el indiscutible pilar espiritual de Occidente desde hace más de veinte siglos. El mensaje de Jesucristo se condensa en una sencilla máxima: ama a dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo. Por tanto, el cristianismo también predica como valor supremo la identificación extrema con el otro, hasta el punto de prestarle la misma importancia que nos damos a nosotros mismos, condicionando así el bienestar de nuestro yo al de quienes nos rodean. A este respecto, hay una curiosa teoría respecto a la vida de Jesucristo. Los Evangelios describen el nacimiento e infancia de Jesús, para después dejar un largo vacío en su biografía hasta que reaparece, ya adulto, y es entonces cuando predica su mensaje durante unos pocos años hasta su crucifixión. Hay quienes consideran que Jesús vivió en la India durante el período en que desaparece de los Evangelios, aprendiendo los principios y valores que trasladaría a Judea y que más tarde se extenderían por todo Occidente. De hecho, en la India se considera a Jesucristo uno de los grandes maestros santos, se le conoce y respeta como parte de su tradición, existiendo corrientes de hinduismo crístico como la de Paramahansa Yogananda. De hecho, Yogananda fue elegido para difundir en Occidente los valores del hinduismo, considerando necesario entre sus gentes el redescubrimiento del mensaje del amor universal, presente en teoría pero ausente en la práctica tras siglos de institucionalización de la Iglesia y de culto al bienestar material.³¹

Alan Moore está largamente considerado, tanto entre expertos como aficionados a las novelas gráficas, como el autor más brillante habido en este arte. Su obra más destacada, junto a *Watchmen* es *V for Vendetta*. El argumento de la segunda, que es a la que dedicaré mi atención, está situado en un siniestro escenario futuro de finales de la década de los noventa del siglo XX (la serie fue creada en los ochenta). La acción está ambientada en gran Bretaña tras una guerra nuclear parcial, con gran parte del mundo destruido. En ese futuro, un partido fascista llamado Norsefire ostenta el poder en el Reino Unido. Entonces, un misterioso anarquista llamado V, oculto tras una máscara de Guy Fawkes, inicia una elaborada y violenta campaña con el fin de derrocar el gobierno e incitar a la población a adoptar una sociedad anarquista. La protagonista, Evey Hammond, una joven aparentemente normal, se encuentra por azar ligada a V y a sus acciones. Evey terminará experimentando en sus

30 Al respecto, resulta sumamente enriquecedora la magnífica conferencia de Federico García Lorca *Teoría y juego del duende*, dictada en Buenos Aires y La Habana en 1933.

31 YOGANANDA, Paramahansa (1991) *Autobiografía de un yogui*. Budapest, Self-Realization Fellowship.

propias carnes el camino desde la complaciente mediocridad en que vivía hasta la fuerza y confianza que sólo obtiene cuando *toca fondo*, siente que lo ha perdido todo, renuncia a cuanto creía que la hacía feliz, pero que en realidad más bien la convertía en dependiente y acomodada. Perdida toda esperanza, siente su fuerza interior, hasta entonces dormida y lastrada por las ataduras materiales y la inercia social, toma la responsabilidad de su vida y realiza con maestría y confianza acciones que hasta entonces creía fuera de su alcance. En este trabajo, Moore ofrece una lección magistral sobre la naturaleza humana: la falsa felicidad es la peor de las cárceles, nos hace débiles, miedosos, dependientes y autocomplacientes. Para ello, es necesario tocar fondo mediante el desapego y liberarse de miedos y ataduras a nivel individual y social. Esa es la lección primordial del libro, que no en vano llama a la conformación de una sociedad de individuos autónomos, libres y responsables, base de su propuesta anarquista contra ataduras y totalitarismos, que en este punto se halla en la mejor tradición de Kropotkin o Proudhon, pero también, de Gandhi.

Otro punto de contacto interesante lo constituyen las leyendas, punto esencial en la conformación de identidades culturales. Comentaré a continuación las artúricas, que sin duda constituyen uno de los principales mitos fundacionales de Inglaterra, país enormemente representativo de la cultura occidental. Ya en su madurez, el rey Arturo es presa de un enorme abatimiento, pues había sido abandonado por sus dos principales apoyos emocionales: la reina Ginebra y el mejor de sus caballeros, Sir Lancelot, quienes avergonzados por haberse convertido en amantes desaparecen para ingresar en un convento y convertirse en ermitaño, respectivamente. El otrora próspero reino de Camelot languidece entre tinieblas, descontento, malas cosechas y desórdenes. Arturo, prematuramente envejecido, contempla, triste y débil, la ruina que se va generalizando a su alrededor. Para reconducir la situación, envía a sus fieles caballeros de la Mesa Redonda en busca de una solución milagrosa para todos sus problemas: el santo grial. La misión, poco menos que suicida, termina trágicamente con la muerte de todos los emisarios, excepto del joven sir Perceval, quien logra, *in extremis*, dar con el codiciado secreto que ha de salvar Camelot. Éste se condensa en el siguiente mensaje: *el rey y su tierra son todo uno*. Arturo comprende, se levanta, siente volver sus fuerzas y no se detiene hasta reinstalar la paz y la prosperidad en el país. Durante el proceso, allá por donde cabalga, las tierras yermas y tenebrosas se tornan, por ensalmo, tan verdes y luminosas como solían. Arturo renace, y la tierra lo hace con él. ¿Qué es lo que nos enseña esta leyenda? El propio Arturo lo explica tras serle revelado el secreto: “No sabía lo vacía que estaba mi vida mientras estaba llena (...) He vivido demasiado a través de otros. Lancelot portaba mi honor y Ginebra mi culpa. Mordreh pagaba por mis pecados. Mis caballeros luchaban por mis causas. Ahora, seré rey.” Lo que Arturo pretende expresar es que, tras acomodarse en una felicidad dependiente de otras personas y de elementos exteriores y materiales, había *tocado fondo*, y sólo cuando siente que lo ha perdido todo, cuando no le queda nada de cuanto habían sido sus apegos, se encuentra preparado para tomar responsabilidades, actuar y sacar lo mejor de sí mismo.

Evey Hammond, Tyler Durden y el Rey Arturo son protagonistas de una

misma historia: vivían encadenados en una jaula dorada de felicidad aparente, después se encuentran vacíos y perdidos sin sus referentes externos, y sólo mediante el desapego total logran encontrarse a sí mismos, vivir plenamente y desarrollar sus capacidades. Renuncian a su yo y es entonces cuando se encuentran preparados para hacer mejores a otros y descubren una felicidad un equilibrio nuevos, más íntimos, profundos y duraderos. Sin duda, de no ser por su estética y escenarios occidentales, todos podrían ser fácilmente reconocidos como cuentos zen. Personajes como el rey Arturo, pues, llegaron a la misma conclusión que el poeta J.L. Borges, quien lo sintetizó en este verso:

*Con el tiempo aprendes la sutil diferencia
que hay entre tomar la mano de alguien
y encadenar su alma
y aprendes que el amor no significa apoyarse en alguien
y que la compañía no implica seguridad
y comienzas a entender que los besos no son contratos
y que los regalos, no son promesas
y comienzas a aceptar tus derrotas, con la frente en alto, con los ojos bien
abiertos
y con la compostura de un adulto y no con el rostro compungido de un niño.*

*Y aprendes a construir todos tus caminos en el hoy
porque el terreno de mañana resulta demasiado incierto para hacer planes,
y con el tiempo aprendes que incluso los agradables rayos del sol queman
si te expones demasiado a ellos.
Por lo tanto, siembra tu propio jardín y adorna tu propia alma,
en vez de esperar a que alguien te lleve flores.*

Encontramos esta misma idea sintetizada con gran claridad en la siguiente cita de Gandhi:

Cuando nuestra vida exterior es mejor que nuestra vida interior, el resultado seguro que será malo (...) ¿Por qué dependemos de otros para nuestros asuntos? (...) El ser humano no se hace a sí mismo ningún favor buscando fuera de sí. La oportunidad para crecer sólo está dentro (...) Aunque todo parezca ir desastrosamente mal, si uno vive en armonía consigo mismo, todo irá bien. E inversamente, por mucho que lo externo parezca ir maravillosamente bien, si uno no vive en armonía consigo mismo, todo irá mal.³²

Y es que la idea de salir de uno mismo, renunciar al yo e integrarse en los demás para encontrar la felicidad no es tanto un extraño axioma oriental como algo que han descubierto en su experiencia vital personas sensibles en

32 GANDHI, Mohandas (1997) opus cit., p 28.

todas las latitudes, como el mejicano Octavio Paz:

*Para poder ser
he de ser otro.
Salir de mí
buscarme entre los otros.
Los otros que no son
si yo no existo...
Los otros que me dan plena existencia.*

Terminaré citando la canción favorita de Gandhi, que tanto le inspiró para perseverar en la idea de que el valeroso de espíritu se goza en combatir solo. El líder indio, pese a su fama, soportó innumerables reveses y a menudo sufrió la incomprensión de quienes le rodeaban. No pensar en su propio prestigio ni en sus intereses, tampoco en agradar a unos u otros, sino en los principios en que creía, es lo que siempre le dio fuerza para seguir adelante. Por supuesto, ello conllevaba pagar un precio que los siguientes versos de su amigo Tagore describían con cruda precisión.

*Si no responden a tu llamada, camina solo.
Si tienen miedo y se esconden silenciosamente, la cara contra la pared,
Desgraciado de ti,
Abre tu espíritu y habla alto y fuerte.
Si se dan media vuelta y te abandonan en medio de la travesía del desierto,
Desgraciado de ti,
Pisotea los cardos bajo tus pasos,
Y viaja solo por el camino ensangrentado,
Si no te alumbran mientras la tormenta rasga la noche,
Desgraciado de ti,
Cuando la chispa del dolor queme tu corazón
Que tu corazón flamee en la soledad.*

Rabindranath Tagore